

tes de la Misa. Continuaba luego sus estudios: el principal era escribir.

El modo de proceder era este. Mandaba primero le leyessen algun libro, que oía por espacio de una hora (reputó esta leccion por estudio; que la vista cansada necesitaba de esta ayuda) luego comenzaba à dictar, paseando casi siempre, y dictaba con tanta promptitud, como si delante de los ojos tuviera escrito lo que iba diciendo: efecto de quan premeditado lo tenia en la oracion: facilitabalo tambien el gran caudal y el curso de este exercicio: duraba el dictar hasta las diez. Entonces despedia el escrivente, y tomaba él la pluma y escribía hasta las once en materias diferentes de las que tenia dictado. A hora de comer baxaba al Refitorio con la Comunidad, y comia lo que en ella se daba, no se olvidando de la costumbre antigua de dexar buena parte à los pobres. Si algunas vezes comia fuera de la mesa Conventual por indisposicion, ò haverle ocupado el tiempo algun negocio forzoso, hazia que le leyessen, en quanto comia, algo de lo que por la mañana havia dictado, y mandaba tildar ò acrecentar lo que le parecia. Esto hazia, ò por no perder aquel tiempo, ò por no estar comiendo sin licion, que huviera de tener en la Comunidad.

Levantandose de la mesa, iba à visitar los enfermos; y la visita no era solo preguntar por la salud, mas inquirir tambien si tenian falta de alguna cosa; principalmente si eran huespedes, en que estaba mas cierta la necesidad. Y porque la caridad ignora ofrecimientos de palabra, de que los hombres usan, sin pasar al remedio, y por eso los llama el mundo cumplimientos, como cosa superficial, y que no tiene raíz en la voluntad; el P. Fr. Luis de Granada avisaba à los enfermeros que de secreto se informassen de la verdad, y dandole cuenta de lo que faltaba, proveía à todos de lo que tenia con largueza.

De la enfermeria buscaba la conversacion de los Padres donde estaban jun-

tos, quando havia licencia de hablar; y con gran jocundidad y alegria se divertia con ellos hasta media hora, y à las vezes solo un quarto. Volviendose à la celda, reposaba hasta media hora, ò solo un rato, que apenas se podia llamar sueño.

Si havia Nona, acudia à ella, y deteniase largo espacio; porque no era facil en despegarse del sabor de la oracion. En los tiempos que no hay Nona, luego à la una llamaba el escrivente, y gastaba hasta la noche ò hasta Completas dictando.

Despues de Completas, à que nunca faltaba, se quedaba en oracion en el Choro en presencia del Santissimo Sacramento: duraba en ella tres horas continuas con la intension y modo que despues diremos; remataba en una larga y aspera disciplina. Rezaba despues Maytines con su compañero, quando, como diximos, la mucha edad, pocas fuerzas y penosos achaques le dispensaron del Choro.

La cena, quando no la prohibian los ayunos de la Orden, era de ordinario dos huevos que por su mano asaba à la lumbre de una vela con cierto artificio que tenia, por escusar criado, que nunca tuvo. Tal vez el compañero se los hazia pasados por agua; él los comia con unas migas de pan y un poco de vino muy aguado. Esta cena, si debe llamarse así cosa tan parca, tomaba à las once de la noche.

Fue continuo habitador de la celda, sin salir jamás de casa sino à negocio forzoso y materia importante, qual convenia à tan grave persona. A Palacio iba llamado. Visitas en casa no eran muchas, ninguna de cumplimiento. Admittia con gusto à los que le buscaban para algun negocio de su consuelo ò remedio; y en haviendolos oído y consolado, los despedia cortesmente, volviendo al hilo de sus santos exercicios, que fueron continuos desde que entró en Portugal, hasta el último suspiro. Y este tenor de vida no fue cosa que comenzó en este Rey-

no;

no; continuó el modo que comenzó en Castilla. Pudo ser que en la edad mas robusta, quando la predicacion y los escritos pedian mas prolijo estudio, no fuesen tantas las horas de la oracion de la noche, que alargó en la forma que hemos dicho, los años ultimos que vivió en Lisboa, quando se iba acercando à la ultima jornada, en que los santos esfuerzan con mayor vigor sus exercicios. Vivió en Portugal cerca de 38. años; en Lisboa 25. con los retiros que despues diremos: en todos ellos exercitó el officio de la predicacion en su Convento y otras partes, con un zelo y fervor de Apostol.

CAPITULO XV.

De algunas retiradas que el P. M. Fr. Luis de Granada hazia à la soledad.

Seneca al fin del libro de la Tranquilidad del animo, y mas dilatadamente en el de la Vida bienaventurada, en los ultimos capitulos (de que otros hazen tratado diferente; con título del Retiro y ocio del sabio) juzga por conveniente para la dilatacion y tranquilidad del animo; acogerse à temporadas al retiro. Mucho conviene (dice) retirarnos à nosotros mismos: la conversacion de los de costumbres diferentes estraga lo bien compuesto; renueva los afectos; y qualquier cosa que en el animo flaquea, lo encona. Mezclar y alternarse debe la soledad y el bullicio: aquella nos despertará desços de comunicar con los hombres; este con nosotros mismos: lo uno será remedio de lo otro: al fastidio de la turba sanará la soledad; al tedio de la soledad la muchedumbre. Y aunque no intentemos otra cosa que sea saludable, el sólo retirarse es provechoso; cada uno de por sí seremos mejores. Entonces puede conseguirse el buen intento que una vez agradó, donde no se halla quien pervierta al buen proposito, débil todavia, ayudando el comun sentir del vulgo. Entonces puede la vida proceder con paso igual y un tenor mismo; la qual despedazamos con diversos in-

tenos. Puede el retirado en soledad entregarse à buenas artes, procurando aquel ocio dichoso, cultivador de las virtudes, que se pueden exercitar por los retirados. En ninguna parte como en este ocio inquirimos, qué cosa sea virtud: si es una ò muchas: si naturaleza ò el arte haze à los hombres buenos: si es uno lo que abrazan los mares y las tierras, y lo que está ingerido en las tierras, y en los mares: si Dios esparció muchos cuerpos de estos: si la materia de que se engendran las cosas, está continua ò dividida; y si lo vacío está mezclado con lo solido: si Dios sentado mira sus obras y las trata: si las cerca por de fuera, ò está entrañado en ellas: si el mundo es inmortal, ò se ha de contar entre las cosas caducas y que nacieron para cierto tiempo.

El que contempla estas cosas, qué dá à Dios? Dale que obras tantas y tan grandes no estén sin testigo. Díonos la naturaleza un ingenio curioso; y como quien enocia el artificio y hermosura de sus obras, nos puso como en un theatro, para que viessemos los espectaculos de tan grandes cosas. Huviera perdido el fruto de sus trabajos, si cosas tan grandes, tan claras, tan sutilmente ordenadas, tan resplandecientes, por tantas vias hermosas, las ostentára à la soledad. Y para que sepas que ella quiso no solo ser mirada, sino tambien contemplada, considera el lugar en que nos puso. Colocónos en medio de sí misma: díonos una vista que alcanzasse en contorno à todas partes: no solo puso al hombre derecho; mas criado para la contemplacion, para que pudiesse ir en seguimiento de las estrellas que nacen y van cayendo hasta que se esconden en el ocaso. Dióle poder mover el rostro con el mundo; y puso en lo mas alto del cuerpo la cabeza sobre un cuello flexible, para que pudiesse volver el rostro à la parte que quisiesse.

Hasta aqui el Philosopho Gentil. O quanto excede el Philosopho Christiano! Lo que à la escuridad de la Escuela del Estoico, la luz clara de la doctrina del

Chris-

Christo. Alabó aquel la soledad que estimaron y buscaron pocos, llevados mas de inquirir las cosas naturales, aventajando poco ó nada en las costumbres, alhagados de una sombra de virtud; mas llenos de soberbia y otros vicios. Mas los solitarios Evangelicos, siguiendo à Christo nuestro Señor, que consagró la soledad con su presencia, y mitigó con su gracia sus rigores, y alentó con su exemplo, dexando las ciudades y poblados, habitaron los desiertos con fines altísimos. Contemplaban en el libro de las criaturas, no parando en ellas, mas haciendo escala de ellas para el conocimiento de su Criador, descubriendo una admirable conveniencia y disposicion de la sabiduria de Dios en la diferencia de todas las obras de su sabiduria y bondad, todas ellas, y cada una en particular, dotadas de una cierta correspondencia à Dios, en que cada una en su manera dá su voz de lo que es Dios en ellas: haziendoles esta concordia una armonía de musica suavissima, que sobrepuja todos los sarás y melodías del mundo. Penetran de la otra parte de los Cielos, y gozan de la correspondencia que los espiritus bienaventurados de Angeles y hombres hazen en esta musica, en alabanzas que cada uno en su manera de gloria dán à Dios continuamente. A que ellos corresponden dias y noches con Hymnos y Canticos y Psalmos, dando alabanzas à su hazedor. Su ejercicio continuo es gozar de la comunicacion dulce de Dios, à quien están unidos con animos purísimos, con la contemplacion de aquella infinita hermosura, que no se puede percibir ni imaginar sino con el entendimiento de los Santos. Transformanse en el summo bien con unas comunicaciones amorosas, tan dulces y suaves, que exceden todo sentido. Llenase la voluntad de sentimientos y gustos divinos, bañandose el entendimiento con una lumbre superior y clara, que participa de la voluntad inflamada y gustosa; quedando mas perspícaz y claro, y mas tranquilo y sereno para especular

las cosas divinas; que es el ocio santo en que se ocupan: en cuya comparacion son villísimos los mayores deleytes de la tierra. No gastan el tiempo en inquirir si es una la virtud ó muchas; mas en adquirir las todas en suprema perfeccion, llegando à estado tan alto, que desmitiéndola naturaleza de hombres, se asemejan à la pureza de los Angeles: aqui las batallas con los demonios, las victorias y los triunfos de estos rebeldes espiritus, combatientes terribles, ayudados de la divina gracia, y del sitio acomodado para estos vencimientos. Tal es la soledad à quien los Santos alabaron tanto, que no dudaron asemejalla en algunas cosas à la felicidad de la Gloria. En ella se formaron los Paulos, los Antonios, los Arsenios y Macarios, y otras columnas de Christo, gran ornamento de la Iglesia, ostentacion mayor de la divina gracia.

El P. M. Fr. Luis de Granada fue aficionadissimo amante de la soledad, que él llama guarda de la innocencia: en los Conventos tenia la mayor que en ellos puede gozarse; pues era continuo habitador de la celda. Experimentó sin duda mucho de sus secretos el tiempo que estuvo en Escala-Celi. El P. Fr. Geronimo Joannini, hablando de los ejercicios que tuvo en este retiro (si bien como lo miró de lexos, se equivocó en el lugar) y estaciones en la cueva del sepulchro del bendito Fr. Alvaro, dice de esta manera:

Mientras que atendia à estas composiciones, tomóse una costumbre ordinaria: todos los dias se ponía en camino por ciertos prados y bosquecillos, y llegaba à un collado ameno que dentro de sí tenia una cueva en la cumbre, de la qual nace una agua agradabilissima, que forma dos arroyuelos que riegan aquella llanura. Aqui, y en esta cueva, lexos de ser oído de otro alguno, no menos que un Ermitaño de la Thebaida, estaba las cinco y las seis horas del dia en alta voz alabando à Dios con Psalmos y Hymnos: aora se sentia hablar con la Magestad eterna; quando con los Santos; otras

ve-

vezes plañia la ingratitud de los pecadores; otras pedia perdon en vez de ellos. Deteniase en estos ejercicios de ordinario intenso, como si bien estuviese en la presencia del paraíso; el qual contemplaba fixamente. Y así, aora arrodillado, aora con los brazos en cruz, las manos estendidas, aora en pie, tal vez sentado, gastaba buena parte del dia. En estos sus coloquios con Dios se oían suspiros y dulces gemidos; viase mudarse el rostro segun los espiritus que le movian, y en todo se conocia que de aquella tierra huviese hecho un Paraíso. Y en esta concavidad gustaba todo verdadero bien, probando la promesa que hizo Dios al alma nuestra: Yo la guiaré à la soledad, y hablaré à su corazon. Y no podia ser de otra manera; pues el estar tantas horas en pie, con razonar solitario en espacio de tiempo tan largo, y no cansarse, antes pareciendo siempre mucho mas riguroso, queria ser fuerza mas que humana. Frequentó por muchos años este retiro, y no pudo esconderse à los Frayles, que despues escondidamente le seguian, y atentamente le escuchaban con mucho fruto suyo; de donde despues y hasta aora se llama aquella gruta la cueva de Fr. Luis de Granada. Lo que en aquel lugar havia meditado y adquirido, retirandose al Convento, estendia en el papel; y casi alli ha hecho las primeras obras suyas de la Oracion y Meditacion. Hasta aqui el Coronista Boloñés.

En Portugal halló para sus deseos un sitio muy à proposito. Diximos como siendo Provincial visitó la casa de nuestra Señora de la Luz en el Pedrogaon grande: agradóle grandemente quanto vió en este lugar para su intento. El sitio de la villa es corona de una alta y descompuesta sierra; queda el Monasterio à una ladera, por donde se baxa al rio Zezere, acompañada toda de peñascos y arboles silvestres: está en parte tan encumbrada y alta, que de qualquiera parte hay unos precipicios ó derribaderos, que mirando abaxo, hazen

Tom. I.

temblar el corazon mas animoso, causando miedo grande à la vista. Crece el pavor con la corriente de dos rios que en lo profundo de esta gran sierra se juntan; uno es Zezere, caudaloso de aguas, impetuoso en la corriente; el otro es Pera, menor en todo, y el vecino poderoso le quita el nombre y las aguas, y haze proprias al juntarse, dexando hecho un angulo de piedra viva debaxo del Monasterio; de manera que queda como cercado de ambos rios, teniendo de mano derecha al Pera, de la izquierda al Zezere; trahen ambos grande impetu, y se vienen furiosamente quebrando entre peñascos y losas: causan un medroso ruido, que se haze oír muy lexos. El que de moderada distancia considera la postura del Convento, los riscos y matorrales que le cercan, la profundidad y obscuridad con que los dos rios bañan las raíces de los montes, y compelidos se aprietan por pasar entre los peñascos como pueden; de que resulta una consonancia triste, lo grueso y pesado del mas caudaloso, con el agudo y menos grave del Pera: el que mira las sierras desde lexos, de que están cercados, unas que suben hasta esconderse entre las nubes, otras mas baxas, que con malezas asperas son habitacion de javalíes, lobos, y otros animales bravos que llegan hasta las cercas de la villa à hazer sus presas; representa todo junto aquel espantoso horror y la soledad horrible, que los Santos antiguos nos dexaron pintados en sus escritos de los desiertos de Syria y de Thebaida: horror que recoge el entendimiento; provoca à la devocion, y combida al espiritu à despreciar la tierra, buscar y penetrar las estrellas, de que se halla vecino, y no descansar sino con el Señor de ellas.

La primera vez que el P. M. Fr. Luis vino à esta casa (como en su lugar diximos) y consideró el sitio, se agradó de él notablemente, por ser tan conforme à su espiritu. Los dias que alli se detuvo, se escondia muchas veces con gran recreacion de su alma entre unos peñascos

G

que

que quedan por debaxo del Convento; oraba y meditaba con gusto, y no havia quien le sacase de ellos. Quedóle tal sabor de los dulces ratos que gustó en este retiro, que todas las veces que despues hablaba en el Pedrogaon, siempre le nombraba con saudade (dicen en Portugués) ansia quiere decir, y una memoria tierna de cosa que se gozó con gusto, y se siente en demasia su falta. Y no paró el afecto en la memoria sola, mas quando los negocios le daban lugar, se retiraba à esta casa, salía por aquellas soledades, donde por muchos dias se entregaba à la oracion y contemplacion de las cosas divinas: aqui gozaba de los gages de la soledad, de las felicidades del yermo; aqui discurría, dictaba y escribía, componía aquellos sus celestiales escritos que gozamos.

Aqui, como dixo de Bonoso San Geronymo, estaba solitario, mas no solo; porque acompañado de Christo veía allí la gloria de Dios, la qual aun los Apostoles, sino es en el desierto, aun no havian visto; y con experiencias de lo que en esta soledad gozaba, diría con el mismo Doctor Santo, exhortando à los hombres à buscarla: O desierto, primavera amena con las flores de Christo! O soledad, donde nacen aquellas piedras vivas con que en el Apocalipsi se edifica la ciudad del gran Rey! O yermo, que te alegras con Dios mas familiar! Qué hazes, hermano, en el siglo, que eres mayor que el mundo? Hasta cuándo te oprime la sombra de las casas? Hasta cuándo te aprisiona la cárcel de las ciudades ahumadas? Creeme, no sé qué extraordinaria luz aqui descubro. Mis ansias son, dexada la carga de este cuerpo, volar al puro resplandor del Cielo. Temes la pobreza? Bienaventurados llama Christo à los pobres. Espántate el trabajo? Ningun luchador se corona sin haver sudado. Piensas te ha de faltar el sustento? La fé no teme el hambre. Temes que tus miembros secos con los ayunos han de cruxir sobre la tierra desnuda? Piensa que está el Señor re-

costado à tu lado. Si te hace horror la melena inculta de tu cabeza asquerosa, considera que Christo es tu cabeza. Dán miedo los estendidos paramos del yermo? Pasea tu con el pensamiento el paraíso. Todas las veces que con la consideracion subieres al Cielo, ese tiempo te ausentas del desierto. La piel aspera se arruga sin los baños? Advierte que el que una vez se lavó en Christo, no ha menester mas lavatorio. Delicado eres, hermano, si aqui quieres holgarte con el siglo, y despues reynar con Christo.

El P. M. Fr. Luis de Granada entre los peñascos del Pedrogaon gozó mucho de lo que escribe S. Geronymo: penetraba con la consideracion los Cielos, y bebía del néctar de la alta contemplacion, con que despues abeja santa componía los panales de sus divinos escritos.

De lo que havemos escrito hay tradicion comun en esta villa: demás de esto ha quedado un testimonio que me afirman personas de aquel Reyno ser certissimo; es de Miguél de Leiton de Andrada, Cavallero de la Orden de Christo, natural del Pedrogaon, hombre digno de credito; y depono lo que si no alcanzó à ver con los ojos, lo afirma como público en el pueblo. Haviendo pintado el sitio del Convento de nuestra Señora de la Luz, en el Dialogo primero de sus Miscelaneas, en la pagina trece dice estas palabras:

Pues allende de ser el sitio qual es, como bien lo conoció aquel insigne varon de Dios el P. Fr. Luis de Granada, que de aqui, à dó fue morador muchos años, no havia poderlo sacar. Y aqui compuso muchos de sus libros tan provechosos, quanto bien recibidos de toda la Christiandad, escogiendo un lugar adonde los escribía, semejante al modo donde S. Juan Evangelista escribió su Apocalipsi; que es en el cabo de su cerca, al pie de una peña muy grande, entre otras, pendiente sobre los dos rios Zezere y Pera, dondolos dos se encuentran; lugar muy yermo, solo y apartado, y para escribir y hablar con Dios

acomodadissimo: la qual peña, de su nombre y en memoria suya se llama hoy por aquella region, y se llamará para siempre, la peña de Granada. Hasta aqui la Miscelanea, que prueba bastantemente lo escrito en este discurso. Y no es pequeño argumento de la continua asistencia de este sitio, el haber dado nombre à estos peñascos; como tambien lo dice el P. Fr. Luis de Sousa en el segundo tomo de su Historia, que está para imprimirse, donde describe el sitio. Y no pudiera por sola una breve visita de un Provincial dexar memoria gravada en aquellas piedras, si otras muchas veces no huviera vuelto à gozar del mismo puesto.

Y si le preguntamos por qué dexa à Lisboa, y la comodidad de su celda, y la comunicacion y trato de los hombres; responderá con palabras de Seneca en la Epistola octava, que se ajustan à Fr. Luis, no menos que al Estoico. Remate este discurso el que le dió principio.

In hoc me recondidi, & fores clausi ut prodesse pluribus possim. Nullus mihi per otium dies exit: partem noctium studiis vindico: non vaco somno, sed succumbo, & oculos vigiliâ fatigatos, cadentes que in opere detineo. Seceest non tantum ab hominibus, sed etiam à rebus, & primum à meis. Posterorum negotium ago: illis aliqua que possint prodesse conscribo: salutare admonitiones, velut medicamentorum utilium compositiones, litteris mando, esse illas efficaces in meis ulceribus expertus: que etiam si persanata non sunt, serpere desierunt. Rectum iter, quod serò cognovi & lassus errando, aliis monstro. Vitare quæcumque vulgo placent, que casus attribuit: ad omne fortuitum bonum suspiciosi, placidique subsistite. Et fera & piscis, spe aliqua oblectante decipitur. Munera ista fortune putatis? Insidie sunt. Quisquis nostrum tutam agere vitam volet, quantum plurimum, potest ista viscata beneficia devitet; in quibus hoc quoque miserrimi fallitur; habere nos putamus, habemur.

In præcipitia cursus iste deducit; butus eminentis vitæ exitus cadere est.

Por esto me retiré y cerré las puertas, para que pudiese aprovechar à muchos. No se me pasó día ocioso; parte de las noches reservo à los estudios; no me entrego al sueño, sino rindome; y à los ojos fatigados con la vigilia, y descaecidos, los detengo con el trabajo. Retiréme, no solamente de los hombres, sino tambien de las cosas, y en primer lugar de las mias. Hago el negocio de los que están por nacer. Escribo lo que puede aprovecharles. Dispongo en mis escritos saludables documentos, como unos compuestos de medicamentos utiles; habiendo experimentado en mis heridas ser eficaces: las quales si no están de todo punto sanas, dexaron de cundir mas. Muestro à todos el camino derecho que conocí tarde, cansado de andar errando. Clamo: Huid de qualesquier cosas que agradan al vulgo, y que dá el suceso: A todo bien de fortuna estad sospechosos y temerosos. Y la fiera y el pez son engañados con alguna esperanza que deleyta. Pensais que son dones de la fortuna? No sino asechanzas.

Qualquier de nosotros que quisiere hazer vida segura, quanto mas pudiere evite estos beneficios, que están armados con liga: y aun en esto mismo miserabilissimos somos engañados, que pensamos que los poseemos, y somos poseídos de ellos. Este curso lleva al despeñadero; el paradero de esta vida eminente es el caer.

Con quantas ventajas haya cumplido estas promesas el P. M. Fr. Luis, quanto hayan sido más aventajados sus avisos, y mayores las utilidades de sus santas retiradas; constará de algunos testimonios que pondremos en el libro tercero, que probarán que nuestro Philosopho Christiano ha enriquecido el mundo con sus libros, y haber hecho à muchos verdaderamente sabios en el camino de la virtud, que debe seguirse en esta vida para conseguir el feliz paradero de la eterna.

Deciase comunmente en Portugal

que el P. Fr. Luis con igual primor hazia tres cosas: eran hablar, escribir y predicar. De la primera gozaron los dichosos que le conocieron y trataron. De la segunda hemos dicho alguna cosa, y sus libros dán bastante testimonio de su eminençia; y juntarèmos otros en el libro tercero. De quan gran Predicador fue, darèmos noticia en los capitulos que restan de este libro; no hemos hallado parte donde mejor venga.

CAPITULO XVI.

Quan eminente Predicador fue el P. M. Fr. Luis de Granada, y haver concurrido en él todas las partes que se requieren para hazer bien este oficio.

Antes de pasar à los discursos del segundo libro, en que se describen las virtudes de este insigne varon, ha parecido ser de este lugar y nuestro intento discurrir, aunque sea cortamente, cerca de la eminençia de la predicacion del P. M. Fr. Luis de Granada, y de las admirables partes que en él concurrieron para este tan importante ministerio, y lo que juntó para hazerle primorosamente. Escribiendo el mismo P. Fr. Luis la Vida del P. M. Juan de Avila, varon de tan gran nombre en la predicacion del Evangelio, tomó por assunto formar un Predicador perfecto, discurriendo por las partes y virtudes que ha de tener el que merece este nombre; y probó que en eminente grado havian concurrido todas en aquel Apostolico varon. No fuera dificultoso seguir con felicidad este mismo pensamiento, si al P. M. Fr. Luis le huviera cabido en suerte tener tal Historiador como el gran Maestro Avila. Mas por no perder de todo punto el camino en materia tan dificultosa y ardua, he tomado por guia al mismo P. Fr. Luis de Granada, que me asegure los pasos. Escribió el doctissimo varon (como despues mas largamente dirèmos) un libro que intituló Rhetorica Ecclesiastica, del modo como se ha de predicar. En el libro primero,

de seis que contiene el tomo, pone algunos requisitos que juzga por muy necesarios en los profesores de este oficio, y hazen un consumado Predicador: sumaré sus discursos; será el nuestro probar que todos ellos concurrieron con eminençia en su persona: la doctrina será suya, nuestra la aplicacion y la prueba; advirtiendo que todo lo que en estos discursos escrivirèmos, no solo mira à la excelencia del P. M. Fr. Luis en el pulpito, sino tambien en los libros; porque mucho de lo que predicó en voz, pasó à la pluma; y las partes que le hizieron Predicador insigne, le aclaman Escritor excelente.

Juzga en primer lugar por necesario en el Predicador del Evangelio un exacto conocimiento del arte de la Rhetorica, de sus partes y preceptos, para usar de ellos en el pulpito, y conseguir el fin que se pretende. Es el intento principal de la predicacion el persuadir la virtud, y disuadir los vicios; sacar à los hombres de los caminos errados, reducirlos à los buenos; vencer, rendir, sujetar con la fuerza del decir. Dificulosamente conseguirá estos intentos el que no estudia y exercita el arte que hallaron hombres doctissimos para alcanzarlos feliz y perfectamente. No se puede llegar à un moderado conocimiento de la Theologia sin el estudio de otras artes; y menos podrá arguir y responder con primor sin la Dialéctica, que dá preceptos de arguir y responder. Cómo pues no será necesaria el arte del bien hablar al que desea exercitar con felicidad el pulpito, donde se ha de pelear con palabras, y vencer con razones? Mal podrá persuadir, sin aprender primero el arte que inventó Aristoteles, y aumentaron hombres doctissimos, para saber persuadir y convencer la libertad del hombre, que no puede violentarse. Es cosa facil dár à entender à los fieles, que lo que enseña el Evangelio, es cierto y bueno (creenlo todos, y se ajusta à nuestro entendimiento) mas hazer que lo que tienen por honesto y cierto, lo executen,

es muy dificultoso. Mostrar la fealdad de los vicios, se haze con pocas razones; mas que tuerzan de un camino muy curado, y se eche por otro diferente y muy contrario, ha de costar muchas; lo primero es de todos, lo segundo de raros ò ninguno. Y si esto no se consigue, qué se ha hecho?

Y asi es conclusion cierta, que apenas puede haver perfecto Predicador sin el presidio del arte de la Rhetorica, sino es este ò aquel sugeto arrebatado del Espiritu Divino, (como le tuvieron los Apostoles y Prophetas) ò dotado de un ingenio felicissimo, nacido para hablar bien, (que succede à rarissimos) y esto suple en gran parte el arte de la Rhetorica, sin cuyo conocimiento será raro el que saliere aventajado Predicador. Y así es digna de reprehension la negligencia de muchos, que emprenden este ministerio tan importante y dificultoso, sin estar muy instruidos y diestros en el arte de hablar bien; quando los oficios mas comunes no pueden hazerse bien sin aprenderse y practicarse primero. Y esto es sin duda la causa de que entre tan gran numero de Predicadores como atruènan los Templos, se hallen raros que hablen apta, copiosa y ordenadamente; y muchos menos que reduzcan con su modo de decir à los hombres de su depravada vida à que hagan penitencia, y sigan el camino de la virtud. Exornar algunas clausulas del Evangelio con sutiles y delicados conceptos y pensamientos, ò lugares extraordinarios, y muchas vezes torcidos, mas tiene de leccion de Escuelas que de sermon Christiano; que mira à este y à otros altos fines: salé el entendimiento regalado, entretenido, y de ordinario admirado; el Predicador con aplausos y alabanzas; mas las costumbres las mismas, la enmienda ninguna, los vicios hazen su curso sin reparo. Empero si en una oracion rhetorica, con todas las partes que la enteran, por una hora, ò lo que pidiere el argumento, se persuadiesse el valor de la virtud, ò en particular alguna, la

castidad, la limosna, el desprecio de las cosas humanas, la importancia de la gracia, la necesidad de la penitencia, de la oracion, leccion y Sacramentos; ò por el contrario se persuadiesse el odio del pecado, su gravedad y efectos, la dificultad de la salvacion del rico; y de los que viven olvidados de su fin, los peligros de la vida divertida, la terribilidad del juicio divino, los tormentos eternos, lo que es la eternidad de pena y gloria, y otras materias de semejante importancia; y por largos espacios se discurriese con gran peso de razones, autoridades de Escritura y Santos, acumulando sentencias, valiendose de argumentos, ruegos, amenazas, exemplos, instando, porfiando, dando voces, tal vez gimiendo, con todos los preceptos que enseña el arte, por ventura se consiguiera alguna mocion y fruto. Una reprehension, apenas tocada quando dexada, y tan presto olvidada del que la oye, qué efecto puede tener? No basta para que la tierra fructifique un pequeño rocío de agua, (que no haze mas que matar el polvo, y mojarla por defuera) sino es menester tanta agua, que cale hasta lo intimo de la tierra, y la dexé toda empapada en ella. Las lluvias todas de la eloquencia con sus truenos y sus rayos no harán poco, si humedecen el corazon humano; y quebrantan su dureza; y esto no lo hará quien no supiere el arte.

Reprueba Plutarco un dicho de Menandro, que afirmaba que las costumbres del Orador persuaden, no las palabras; la verdad es que ambas cosas: no es el piloto solo el que gobierna la nao, sino tambien el timon; no el ginete solo el que mueve en giros el cavallo, sino tambien el freno. Este es la eloquencia en el que dice, con que detiene la multitud, y la mueve à la parte que pretende. Respetará al Predicador de buena vida; mas si juntamente no persuaden las palabras, es muy dudoso el fruto.

Profesaron esta arte las columnas de la Iglesia, las lumbreras clarissimas del

mundo, los santísimos Doctores Griegos y Latinos; Y el que leyere cuidadosamente sus escritos, no solo hallará en ellos la fuente de la eloquencia que usaron los Rhetóricos profanos, sino muchas vezes vencido su artificio y adelantados sus preceptos con ventajas. De qué partes de la Rhetorica no se vale para averiguar la verdad, y rendir à ella los entendimientos, el gran Padre de la Iglesia Griega San Juan Chrysostomo? quán rara es la elegancia, la fuerza, la eficacia de sus palabras? Llamó Tullio à Aristoteles río de oro. Quién no admira en un Chrysostomo correr de la boca de oro un río de divina y admirable eloquencia? cuyas palabras son de manera propias, dispuestas tan suavemente, que no hay plata mas bruñida ni resplandeciente; cuyas sentencias son tan graves y tan sabias, que mas parece que se las truxeron del Cielo, que haberse hallado con industria humana. Ninguna cosa hay en él que no represente la imagen de una perfecta y aventajada eloquencia.

Quién mas cuidadoso que el gran Basilio en asear la oracion, mas copioso en ampliarla, y mas limado en todo el artificio del decir? Quando aparta de los vicios, ninguno mas conmueve; quando incita à la virtud, ninguno mas ardiente; quando representa las cosas à los ojos, ninguno (para decirlo así) mas pintor: hallanse en él nervios para convenir, y una maravillosa suavidad para ablandar. Vuelve y revuelve como quiere la oracion: quando trata cosas altas se remonta y arrebata apresuradamente; en las cosas mas tenues corre placido y suave: no reparó un hombre docto en llamarle Demosthenes Christiano. San Gregorio Nazianzeno fue excelente Orador. En la prosa fue emulo de Thucydides; en el verso de Homero: la oracion breve, ceñida y de gran peso; el verso lleno, grave, rico de Christo, adornado con palabras de Homero; en qualquier genero siempre grande y excelente. Dice el mismo Santo con quanta ansia se entregó à los estudios de la eloquencia, en

la Oracion funebre de Cesario su hermano, afirmando que inflamado del arte de la Oratoria, hizo asiento en las Academias de Palestina, en aquel tiempo floridísimas. Aventajóse tanto en el arte, que preguntado Libanio Sophista, clarissimo profesor de la Rhetorica, à quien despues de su muerte darian su Cathedra? respondió: A Gregorio, si no fuera Christiano: adoraba los Idolos Libanio.

San Geronimo de los Doctores Latinos fue perfectissimo Orador; es rara la fuerza y vigor que tiene en el decir; persuade poderosamente; llenó sin duda los numeros de una perfecta eloquencia. Quando descende à combatir con los Hereses, ninguno mas guerrero: si responde à las objeciones, quién mas nervoso, mas ferviente, mas acre? Quando refiere lo sucedido, qué elegante! En una Oracion funebre, quién como él consuela? Ninguno para alabar mas copioso. Quando habla familiarmente con los amigos, quan suave, quan agraciado! O quítese à Geronimo de las librerías, ò alabese por los Christianos la eloquencia. Dice de S. Cypriano Lactancio Firmiano, que fue unico, eminente y claro, porque habia conseguido gran gloria por la profesion del arte Oratoria, y escrito muchas cosas en su genero admirables. Era de un ingenio facil, copioso, suave y (lo que es la mayor gracia del lenguaje) claro: de manera, que no se pas discernir si es mas adornado en el hablar, si mas facil en el explicar, ò mas poderoso en el persuadir: y el Lactancio fue varon eloquentissimo.

El glorioso Doctor S. Augustin en los quatro libros de la Doctrina Christiana dá varios preceptos de esta arte, y con eficacissimas razones muestra su importancia. A que se añade la dificultad grande del ministerio de la predicacion, que pide valerse de todos los medios para conseguir su fin; porque no es solamente sustentar con el pasto de saludable doctrina à los buenos, mas revocar à los mas rematados pecadores: de sus desafueros

y maldades; no solo aplicar el acicate à los que corren, mas provocar al curso à los caidos; no solo conservar los vivos en la gracia, sino tambien resucitar à nueva vida los muertos en el pecado. Qué cosa mas dificultosa que estas pretensiones: qué mas ardua que conseguir estos intentos? Pelean las depravadas y envejecidas costumbres; las cuales tienen tal fuerza, que dixo advertidamente Seneca: Ni toda la Filosofia, aunque junte todas sus fuerzas, podrá curar la peste envejecida en el animo. El mundo está puesto en malignidad: muchos se llaman Christianos, y hazen vida de Gentiles; y la disposicion de las cosas humanas no son poco impedimento. El miserable afligido nada cuida sino de aliviar su trabajo, y el pobre busca el sustento: lo que fuera de esto se les dice, es cantinela. Mayor embarazo haze la felicidad: llena de suerte los estrechos espacios del corazon humano; así le ensorbevece, que arroja de sí qualquier doctrina santa, como lo dice San Augustin. Para emprender guerra por tantos caminos peligrosa, dificultosa y ardua, justo esse valga el predicador de todo genero de armas: es una y muy poderosa la eloquencia.

El P. M. Fr. Luis de Granada en sus primeros años (este es el tiempo de estudiar esta arte, como él lo dice en el libro que copiamos) aprendió con cuidado los principios de la Rhetorica, sin dexar Orador de los antiguos que no bebiese (digamoslo así) el espíritu, en particular à Tullio: y por haverle imitado tanto, alcanzó el nombre de Ciceron Christiano. Armado de todos los preceptos que ayudan à decir bien, con eficacia y fuerza, en que pone por principal la pronunciacion con lo que comprehende esta palabra, dispuso con tal traza la doctrina, usó de la Escritura sagrada y escritos de los Santos con tan grandes primores, que salió eminente y consumado Orador, y Predicador excelentissimo. Los materiales de este oficio son los mismos: disponer de ellos de uno ò otro modo,

es fabricar palacios, ò mal componer cañas.

Sea exemplo de la fuerza que alcanzó en el decir, y lo que puede la eloquencia Christiana (acompañada de las demás partes que pondremos adelante) este suceso. Siendo Prior de Escala-Celi, baxaba (como diximos) de aquella soledad à predicar à Cordova. Un Viernes Santos subió al pulpito con un Misal en la mano (fue costumbre en la primitiva Iglesia) abrióle à vista de una gran multitud que se oprimia, leyó solo el titulo del Evangelio, que dice: *Passio Domini nostri Jesu Christi*. Dilatóse largamente en explicar lo que significa nombre de passion; y quando llegó à decir que la passion era de nuestro Señor Jesu-Christo, ponderó esto con tanta fuerza de eloquencia, con tan vivas ponderaciones y afectos, con tanto sentimiento y ternura, y que causó una gran conmocion en los oyentes; y fueron tantos los gemidos y los llantos, que no le dieron lugar à proseguir el sermón, y se hubo de baxar del pulpito. Quedó la gente tan movida à compasion y devocion, que se miraban atonitos, sin poder hablar palabra, llenos de espanto y admiracion.

Lo que el arte de la Rhetorica resplandece en los escritos del P. Fr. Luis de Granada, el primor con que usó de ella, jugando con tanta gallardia y destreza quantos preceptos hallaron los antiguos para lucir y adornar la oracion, y darla nervio y vida, es facil de conocer al que tiene noticia de la arte de la Oratoria: y el que carece de ella, entienda que gran parte de la mocion, admiracion y deleyte que causan estos libros, nace de este principio. Fuera proceder sin termino, si huvieramos de probar esto por partes. Basta decir que no es encarecimiento, que todos los primores que dexamos escritos de los Padres de la Iglesia Griegos y Latinos, se hallan en los libros del P. M. Fr. Luis; y todas las propiedades que de cada uno diximos, se verifican en él.

Tuvo por tan importante el V. M.

esta facultad, y la estimó de manera, que habiendo gastado diez años en escribir los dos tomos de Sermones Latinos, de que despues hablarémos, donde juntó preciosos materiales para los Predicadores, le pareció no havia cumplido con el ayuda que deseó darles; si no escribiera el arte de predicarlos. Volvió à estudiar de nuevo, y sacar de quanto escribieron los Oradores antiguos (vistos todos) lo que podia conducir à la Oratoria Ecclesiastica, recogiendo todos los preceptos necesarios en grande beneficio de los Predicadores, escusandolos de revolver, como él dice, grandes volumenes, y entresacar de lo judicial, en que ellos hablan; lo necesario al pulpito. Este libro tiene sus alabanzas adelante: fue de los mas eruditos que compuso el P. Fr. Luis de Granada, y de mayor trabajo: su importancia expone en la prefacion; y en el segundo capitulo (de que hemos sacado lo que aqui vá escrito) muestra la facilidad que tiene el alcanzarse este arte, y el usarse de ella, y responde à las objeciones que se oponen: son lugares copiosos. Esto baste por mayor de la eminencia que tuvo el P. Fr. Luis en la Rhetorica: de su eloquencia y lenguaje, que es una parte de este arte, dirémos mas adelante.

CAPITULO XVII.

Prosigue la materia del capitulo pasado, de otras partes que tuvo el P. M. Fr. Luis para ser gran Predicador.

NO es menos necesario que el requisito del capitulo pasado, ni menos dificultoso el que en segundo lugar pide el V. Fr. Luis de Granada; y es la pureza y rectitud de intencion en el Predicador: quiere decir, que olvidado de sus comodidades è intereses, de su honor y estimacion, ponga fixamente la mira en la gloria de Dios y salvacion de las almas. En estos fines medite, estos procure, estos tenga siempre delante de los ojos, à ellos enderece todo el peso de su afecto y su cuidado. Indigna cosa es,

quando se trata de la gloria del omnipotente Dios, de la salud ò muerte eterna de las almas, que un hombre desprecia cosas de tanta importancia, en que consiste la summa de las cosas, cuide de su pundonor y tema mas que peligre este rumorcillo vano, y el agrado del humor estragado del oyente, que la gloria de Dios y el bien eterno del hombre. Quién havrá tan enamorado de sí y olvidado de Dios, que si conoce que predomina en su animo este afecto, no se averguence de deformidad tan fea?

Armonia, matrona clarissima (como refiere Francisco Senense) volviendo à su casa de un combite que Cyro le havia hecho, alabando todos la hermosura del Rey; preguntandole su marido qué le havia parecido, respondió: Jamás aparté de tí, Señor mio, los ojos; y así no puedo decir de la hermosura de Cyro. Juzgó esta muger prudentissima indecero poner la vista en otro hombre, aunque fuese poderosissimo Rey, mas que en su marido. Qué detestable será, quando se trata de los intereses de Dios y de la felicidad eterna de los hombres, postuestas cosas tan grandes, cuidar de una gloriezuela que se deshaze como humo! Quando el Propheta Eliseo embió à su criado con el baculo à resucitar al niño, le mandó fuese ceñido, ni aun à saludar se parasse, ni respondiese à los que le saludaban: dando à entender con este hecho, que aquellos à quien Dios encomienda la resurreccion de las almas muertas en el pecado, con el baculo de la severidad divina y virtud de las palabras Evangelicas, deben con todas veras entregarse à la importancia de este ministerio, olvidados de todo respeto humano; en esto solo piensen, en esto mediten los dias y las noches, y que à la grandeza del officio corresponda la diligencia del ministro.

Esta deformidad que desdice de toda buena razon, como es hazer un hombre su negocio quando Dios le encarga el suyo, es sobremanera dificultoso el no incurrir en ella: tiene esta pureza y rec-

titud de intencion que se pide en el Predicador Evangelico, un poderosissimo enemigo entrañado en lo intimo del hombre, y es un apetito grande de la propria excelencia: afecto tan vehemente en muchos, que el amor de la vida, y quantos bienes se pueden gozar en ella, se rinden al apetito de alcanzar grande opinion y cabida entre los hombres: cruel tyrano, que arrastra tan superiores respetos. Testigo es cada uno de la parte que el apetito del honor tiene en sus obras, aun en las mas virtuosas: siendo con muchos tan poderoso el afecto de la honra para no hazer cosas viles, que predomina al amor y reverencia que se debe à Dios. Y este afecto es tanto mas vehemente en los que suben al pulpito y la cathedra, quanto es mayor la gloria del ingenio, la destreza en discurrir, la eloquencia, la erudicion, la sabiduria, que la que dá la hermosura y la riqueza, que es vanissima. Qué no obrará en el animo del hombre, hijo del que pretendió ser Dios, el mostrarle con el dedo, y decir, este es? Pedir que se desprecien los aplausos, el ocupar los Reynos con la fama, arrastrar las Cortes y ciudades grandes, ser acepto à los Principes, agradar à los que llaman ingenios, hazerse los auditorios antes que el dia, tan copiosos que se imposibilita la entrada al mismo Predicador; que todo esto no haga peso en el corazon humano, para procurar adquirirse ò conservarse con los modos que se suele; y que solo predomine la gloria de Dios y provecho de las almas, y sacarlas de pecado, y encaminarlas al Cielo; grande y poderosa ha de ser la virtud del que vencidos todos estos intereses buscare solos los medios con que pueda conseguir tan altos fines. Mas el apetito de la opinion y estima no solo se teme, mas se busca; y ha podido la costumbre y el alhago domesticar esta fera, y hazer agradable su fealdad. Un Predicador entró en este officio, movido de la vanidad, que lleva à muchos; abrióle Dios los ojos, quedó tan atemorizado y confuso, que dexó el pulpito,

viendo perdidos muchos trabajos y tiempo, y temer castigos de lo que havia de esperar premios. Mas si se mezclan otras pretensiones, y el subir al pulpito es para alcanzar lo que no se pudiera desde el suelo, podrá ser que saque fruto, mas no del que pretende Jesu-Christo. Esta rectitud y pureza de intencion es un dón singularissimo de nuestro Señor, y ha de costar oracion, lagrimas y gemidos, para encaminar con merito à la gloria de Dios estas acciones, en que la del hombre quiere tener tanta parte.

Tuvo el P. M. Fr. Luis de Granada este dón en eminente grado; porque ahora predicando ò escribiendo, solo deseó la mayor gloria de Dios y el provecho de los hombres. Eligió aquellos puestos en que mayor fruto pudiese hacer en las almas. Creamosle lo que en esto afirma; que fue hombre de verdad, y maestro de ella: dice en la prefacion del libro de la Rhetorica estas notables palabras: *Cum hoc mihi propositum esset, ut operâ ac diligentia mea Domini mei gloriam, & animarum salutem aliqua saltem ratione promoverem.* En esta breve clausula pone el motivo que predominaba en su alma para entregarse à tantos estudios y desvelos, y para emprender todos sus trabajos: esta es la letra ò empresa de Fr. Luis de Granada, la gloria de Dios y salvacion de las almas: en este blanco fixó de tal manera los ojos en todas sus acciones, que como despues dirémos, repudió quantos aumentos se le ofrecieron; porque jamás pareciese haver sido otro su motivo; dándose por bien pagado con alcanzar sus principales intentos. Y quan felizmente le haya sucedido, lo han mostrado los efectos; pues sus felices trabajos han sido para tan gran gloria de Dios y salvacion de las almas.

Pone el P. Fr. Luis en el tercer lugar por parte muy necesaria en el Predicador del Evangelio la bondad de vida y pureza en las costumbres. Es el autor de este officio el Eterno Hijo de Dios, Christo nuestro Señor; el Predicador su

Embaxador en la tierra. Qué entereza de vida, qué santidad pide la dignidad de este oficio? Escogió Dios para él à Jeremias; santificóle en el vientre de su madre. A Isaias le purifica un Seraphin los labios con una ascua del Altar; dándole à entender que havia de estar libre de la mas ligera mancha. El Espiritu Santo con la plenitud de su gracia hizo el día de Pentecostes idoneos Predicadores à los Apostoles. Arrebataron à Pablo al tercer Cielo, para que aprendiese entre los Angeles lo que havia de predicar à los hombres. Y el Maestro de la vida Christo nuestro Redemptor se retiró à la soledad antes de manifestarse al mundo predicando, disponiendose con ayuno y oracion; no porque esto fuesse necesario en la fuente de la sabiduria infinita, mas para que los Doctores de la Iglesia aprendiesen qué pureza de vida, qué inocencia de costumbres havian de tener para tan celestial ministerio. Entendió el Divino Maestro quanto mas eficaces eran para mover à los hombres mas perdidos los exemplos de virtudes excelentes, que las palabras cultas y aseadas. Y así habiendo llamado à los Ministros Evangelicos luzes puestas en alto, añadió: Así luzca vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen à vuestro Padre que está en los cielos. En qué mostró claramente quanto mas consiguen la gloria de Dios las buenas obras y virtudes solidas, que elausulas limadas y compuestas. Qué cosa puede ostentar mas el esplendor de la divina gloria, que la hermosura y constancia de la vida de un varon justo, de un fiel ministro de Dios, perfecto y exemplar? Si se revuelven los Annales Eclesiasticos, se hallará haverse aumentado y enriquecido la Iglesia mas con admirables exemplos de los Santos que con las palabras de hombres cultos. S. Antonio sin letras, con solo el exemplo raro de su vida, dió tan poderosas voces, que traxo à su imitacion à muchos hombres à la mas ardua perfeccion de vida. Oyólas inmensos mares

y tierras de por medio) el gran entendimiento de Augustino, y le hizo exclamar: Levantanse los indoctos, y arrebatannos el Cielo. Y con haberse dicho ha tantos años, no han perdido hoy su virtud. S. Simeon desde el pulpito de su columna, sin despegar los labios, ni haver estudiado letras, convirtió à la fé de Christo naciones enteras. Santa Cathalina de Sena, hija primogenita del gran Padre Santo Domingo, reduxo à innumerables pecadores con solo el exemplo de su vida. El Seraphico Padre S. Francisco tuvo por suficiente sermon dár vuelta à la ciudad con aquel rostro modesto y macilento, imagen viva de la penitencia; y movía à ella mas que la oratoria cuidadosa y mas limada eloquencia.

No excluye esto que decimos, el usar del arte y del estudio: mas para que se entienda que el mas diestro y docto Predicador realza mucho la buena doctrina con el esplendor de la vida inculpable y cxemplares costumbres. Dixo advertidamente Laſtancia Firmiano: El que dá preceptos de vivir, debe evitar las ocasiones de excusas, para imponer à los hombres necesidad precisa de obedecerle, no con violencia, mas con el exemplo. Cómo podrá quitar excusas, si no hace lo que enseña, y es como el que vá delante y dá la mano en el mal paso à quien le sigue? Qué firmeza puede tener lo que enseñas, si no lo hizieres primero? La naturaleza de los hombres, propensa à los vicios, no solo gusta pecar con venia, mas con excusa. Y dice admirablemente S. Gregorio: Limpiarse debe primero, y despues limpiar à otros; ser docto en la sabiduria divina, para hacer à otros sabios; ser luz para alumbrar, llegarse à Dios, y así traer à otros à Dios; ser espiritual y santo, para hazer que otros sean santos y espirituales; tener las manos limpias, para obligar que otros las tengan. San Pablo refiere en sus Epistolas sus obras y virtudes, pidiendo que le imitassen; teniendo este por sermon mas eficaz que sus

CAPITULO XVIII.

De otros dos requisitos que concurrieron en el P. M. Fr. Luis de Granada para hazerle insigne Predicador.

PROcurar esta bondad de vida y estudio de la virtud, no toca solo al Predicador, sino tambien à todos los Christianos: mas la ardiente caridad, de la qual ha de proceder encargarse de este oficio, ha de aventajarse à la comun de los fieles. De esta raiz nace un ardentissimo amor de la divina gloria, y un abrasado deseo de la salud de las almas, que es el principal fundamento de este oficio. Así que el destinado à este ministerio, debe acaudalar una insaciable sed (qual ningun avaro de riquezas, ni el mas ambicioso de las honras, ni el Capitan de la victoria de sus enemigos) de esta gloria de Dios y salvacion de los hombres; y porque él es glorificado con la santidad y pureza de vida de sus criaturas, suspirar por un entrañable deseo de su pureza, y unas implacables ansias de su aprovechamiento.

Este ardentissimo deseo, que procede de la raiz de la caridad, es tan proprio de los Predicadores Evangelicos, y tan necesario para cumplir su oficio cabalmente, que el que no se vé arder en este zelo, y abrasar en estas llamas, hará bien en no emprender este oficio. Fue figura de estos vehementes deseos de ganar almas à Dios, Rachel tan deseosa de hijos, que dixo à Jacob su marido: Dame hijos, ò moriré. Con este zelo se abrasaba David, quando decía: Vá las maldades de los hombres, y me traspasaba de dolor, porque no guardaban, Señor, tus mandamientos; y el zelo de tu casa me consumia, y los oprobrios de los que te ofendian cayeron sobre mí. En que muestra el Santo Rey que le atormentaban las ofensas que hazian los hombres à Dios, no menos que si le acometieran con los mayores oprobrios è ignominias.

Esta ardiente caridad havia hecho presa en el pecho de S. Pablo; que dá à

consejos. Y Seneca dice à este proposito: A ninguno tengo por menos benemerito de los hombres, que los que tratan la Philosophia como artificio venal, que viven de otra manera que como enseñan se ha de vivir, sujetos à los vicios que reprehenden.

Al Orador difinen los Rhetoricos un varon bueno, diestro en el hablar. Si un Orador ò Abogado, que trata de que se vuelva un deposito, y de las servidumbres de las casas, ò sucesion de una herencia, para que mueva al juez, le piden que sea de buena vida; el Predicador que tiene por oficio reducir los pecadores del empeño de sus vicios, hazer à los hombres buenos, cómo ha de resplandecer su vida? Esto conseguirá, si acompañare las palabras con excelentes virtudes. El conocerse defectos, ò tener poco concepto de la virtud de este ò de aquel ministro, puede ser causa de que con tantos sermones se vea tan poca enmienda. La palabra de Dios es fuego, es como martillo que quebranta las piedras: y si este fuego no abrasa los corazones elados, y este martillo no hiende la dureza de los animos, qué puede ser la causa, sino que este negocio se trata mas con palabras que con exemplos, y mas con letras que con lamentos; mas con estudio de clausulas rodadas que con solidas virtudes; con mayor cuidado de adquirir aplausos que de desterrar vicios; finalmente mas con intento de hazer su nombre célebre, que conseguir la gloria del Altissimo, y la salud de las almas, por quien Jesu-Christo dió la vida? Y esto es enterrar el talento.

La aplicacion de esta doctrina al P. M. Fr. Luis es muy facil, porque fue hombre de verdad santo; de sus raras virtudes tratamos en todo el libro segundo. En este lugar quede asentado que su santidad conocida y sus virtudes Apostolicas fueron la causa de que hiciessen sus sermones tan gran fruto, por ir acompañados con sus santas costumbres. Predicó con el exemplo de su vida irreprehensible.

entender en sus cartas las aflicciones que que le causaban las ofensas de Dios, y las ansias de la salud de las almas. Y nadie piense que este zelo solamente fue de los pechos Apostolicos que recibieron la plenitud del amor y caridad ardiente, y están despedidos de él los que han nacido en esta hez del mundo. Semejante fuego abrasaba à los Prophetas que florecieron antes del Evangelio. Quién no advierte las lagrimas y gemidos, los íntimos sentimientos que se ven en sus escritos por la maldad è ingratitude de los hombres? Testigos son de este zelo los tormentos y muertes que padecieron por reprehender con severidad los vicios y pecados de su siglo. Despues de la predicacion de los Apostoles muchos de los Padres y Doctores Santos se abrasaban con semejantes ardores.

Este espíritu Apostolico, este sentimiento doloroso tuvo en eminente grado el glorioso Patriarca Santo Domingo; de quien se escribe que ardia su corazon como una hacha encendida por el dolor de las almas que se perdian; y este afectuoso sentimiento le hazia decir cosas maravillosas quando predicaba, para confundir y mover los corazones de los que le oian: y preguntado dónde havia leído cosas tan excelentes, respondió que en el librico de la caridad. Está le obligaba à no perdonar jamás à incomodidad y trabajo, velando los días y las noches, instando oportuna è importunamente para la conversion de los pecadores. Ayunó una Quaresma à pan y agua; reclinaba las noches sus penitentes y virginales miembros sobre una tabla, para que unas mugeres engañadas de Hereges se reduxessen à la sinceridad de la Religion Catholica. Qué no alcanzarán tan apretadas diligencias? Consióguió lo que por solos estos medios se negocia: y movido del espíritu divino, para que este zelo no faltasse en la Iglesia con su santa vida, instituyó la Orden de los Predicadores, que imitadores de su gran Padre ardiessen en semejante zelo.

Esta aprehension, este afecto, este abrasado deseo de la gloria divina y salud humana, es el principal maestro de este oficio. No las escuelas todas de los Rhetoricos, ni todos sus preceptos podrán ayudar tanto para hazer bien este oficio, como este divino ardor. Porque este unico afecto, si está vivo (que es como la mente y alma de este artificio) dá al Predicador todos los materiales. Este enseña à despreciar todo aquello que regala los oidos, la dulzura y aseó de las palabras, y agudeza inutil de conceptos, y abrazar solamente lo que ha de aprovechar à los oyentes, y los sane; y decir con S. Cypriano, no primores, mas verdades vigorosas. Este divino ardor obliga à buscar motivos para persuadir y mover al corazon, y asesta todas las maquinas de combatir al entendimiento humano, para rendirle y traerle al temor de Dios, y sujetarle à la coyunda de la divina ley; y moverle al odio del pecado. Este (quando se ofrece ocasion) mueve afectos poderosos, dá admirables documentos para encaminar bien la vida, levanta con la acrimonia y fuerza del decir el animo descaecido del oyente, y haze que tome vida. Este exclama, arguye, ruega, reprehende, espanta, atemoriza, admira, y se transforma en todos los afectos y figuras de dezir; resucita los muertos, habla à los ausentes, implora el auxilio de Dios, mezcla Cielos, tierras, mares, y como arrebatado de un furor prophetico, clama: Tierra, tierra, tierra, oye el sermon de Dios. Pasmaos Cielos en esta desventura; desquiciaos puertas del Cielo: à mí me han dexado fuente de agua viva, y cabaron cisternas, cisternas rotas que no pueden detener la aguas. Qué no inspira en el animo del Predicador este ardentissimo deseo? No cabe en sí à las veces, y parece que está para reventar, quando vé la religion despreciada, reynar los vicios, aplaudirse los pecados, la ceguedad de los entendimientos, los pechos insensibles, y contempla el peligro extremo de las almas compradas con la san-

gre del Cordero, poseidas del dragon: asi no hay piedra que no mueva, nada dexa por intentar para librar à los hombres de la perdicion eterna que les amenaza. Este animo, este deseo, este afecto ha de tener el que se encarga de este oficio: este imprimirá en los oyentes, si le vieren en el rostro; en la acrimonia, en el ardor, en toda la fuerza y vehemencia del decir. Si alguno pensare le falta esta caridad, vea al P. M. Fr. Luis de Granada en el lugar que copiamos: allí pone largamente algunos medios para alcanzarla. Este zelo es un don de Dios especialissimo.

Quan grande fue el amor de Dios del P. M. Fr. Luis de Granada, y el zelo de su honra y la salud de las almas, se colige claramente de esto mismo que vamos escribiendo; que haver procurado por tantos medios prender este fuego en los Predicadores, de donde pudo proceder, sino del grande incendio de su espíritu? Tiene este amor mas prueba en el libro segundo: en este lugar solo pondrémos una demostracion con que nuestro Señor manifestó este incendio. Tuvo amistad estrecha el P. M. Fr. Luis en Lisboa con el Padre Antonio Váz, Sacerdote seglar, Portugués, hombre tenido por santo: sus virtudes fueron raras: tuvo entre otros don de Prophecia, y predixo muchas cosas que se vieron cumplidas con el tiempo: estas maravillas no estrañaban los que le conocian, porque se tenia por muy cierto recibia de nuestro Señor grandes favores sobrenaturales: fue venerado de quantos le trataron por hombre de conocida santidad. Este gran siervo de Dios decia muchas vezes que tenia al P. M. Fr. Luis por hombre santo, y que sabia mucho de sus cosas, por la intima comunicacion que havia entre ambos, y haver confesado muchas vezes al P. Fr. Luis.

Afirmóme D. Luis de Castro Pereira, persona de la calidad y autoridad que sabe el Reyno de Portugal (y lo tengo firmado de su nombre, demás de haverme lo dicho de palabra) que le dixó

el Padre Antonio Váz, que oyendo predicar al P. M. Fr. Luis de Granada en Santo Domingo de Lisboa, en el mayor fervor del sermon vió que le salia de la boca una llama de fuego; y esto se lo dixo muchas vezes; testificando con este hecho la gran santidad del P. Fr. Luis. Y Doña Margarita de Villena, señora de gran nobleza y virtud, muger de Don Francisco Mascarenhas, del Consejo de Estado de Portugal, que al presente residen en esta Corte, afirman haver oído muchas vezes al santo Sacerdote Antonio Váz (era mucho de su casa) que una vez vió arrobado al P. Fr. Luis de Granada en un sermon que le oyó en Santo Domingo de Lisboa, (y decia el Evangelio, y palabras en que se arrobrará) y duró el arrobó tres quartos de hora; y que todo aquel tiempo vió que unas llamas de fuego le bañaban de la cintura arriba; como la zarza de Moyses. Preguntóle si lo vian otros: respondió que él lo havia visto, mas no sabia si lo havia visto otra persona. De esto tengo firmada de su mano: parece ser estas visiones diferentes: el fervor del Predicador era siempre el mismo, y la virtud del que lo via. De la deposicion del Padre Antonio Váz hay probanza plena, de su santidad se puede hazer plenissima: con que se puede tener por cierta la verdad de estas visiones. Estas llamas, este fuego se han perpetuado en sus escritos; que es la mayor probanza que estos casos fueron verdaderos.

En el ultimo lugar pide el P. Fr. Luis de Granada en el Orador Christiano el estudio continuo de la oracion y meditacion atenta, sin la qual no tendrá entereza de vida, rectitud de intencion, ni aquel ardor abrasado del amor de Dios, y zelo de la salud de las almas, que como hemos dicho, no se alcanzan sino à peso de lagrimas y ruegos, y raras vezes se hallan sino en hombres muy dados à la oracion. En ella se abraza el animo del Predicador, y se encienden los afectos y palabras, y reciben vida las razones; y el que sin esta mocion y aliento

del espíritu divino ostentáre grandes voces y clamores, será una arte fingida, una acrimonia aparente, y todo una ficción que causa risa; mayormente si la vida no dice con la doctrina del que enseña. San Bernardo glorioso, queixandose que en la Iglesia hay pocas conchas, y muchas canales que derraman antes de haber recibido; señalando lo que han de recibir primero, pone siete cosas: compuncion, devocion, el trabajo de la penitencia, la obra de piedad, el estudio de la oracion, el ocio de la contemplacion, la plenitud del amor. Y en otro lugar las reduce à tres: doctrina, exemplo, oracion. La mayor es la oracion, que alcanza las dos primeras, y dá gracia y eficacia à la obra y à la voz. Es comun sentir de los Santos, que los Doctores Evangelicos reciben en la oracion lo que despues dan al pueblo; como se vió en los Prophetas, que fueron los principes de este oficio: y en su proporcion lo recibirán los Predicadores, si acudieren à la fuente.

Dice gravemente San Gregorio: El Redemptor del genero humano en el día hazia milagros, beneficiando los hombres; pasaba velando las noches en oracion, para dár à entender à los perfectos Predicadores que no desamparen el estudio de los libros por el amor de la especulacion, ni dexen las luzes de la contemplacion por el demasiado estudio de los libros; mas que sin perderlos de vista aprendan de Dios lo principal que han de enseñar à los hombres. Especialmente siendo el principal fin de este ministerio la salud de las almas y conversiones de los pecadores, no le podrán conseguir sin especial auxilio de Dios; ni este sin mucha oracion, para que prospere. Dios sus piadosos deseos y trabajos. Fatigase en vano la noche entera S. Pedro; mas echando la red favorecido de Dios, hizo una gran presa. El gran P. S. Augustin aconseja al Predicador, si desea hazer gran cosecha de almas, negocie mas moviendo à Dios con ruegos, que à los hombres con palabras; ruegue por

si y sus oyentes; y si sabe ser con Dios porfiado orador, saldrá eficaz Predicador.

Como hemos dicho otras vezes, la parte mas principal de este oficio es el mover, (enseñar y deleytar es facil) porque el rendir dá la victoria. Cómo podrá el Predicador mover afectos, si él no está movido? Mal podrán (dice San Gregorio) inflamar los corazones à los descos celestiales, palabras que salen de corazon elado; ni lo que por sí mismo no arde, encenderá à otra cosa; ni el Predicador podrá arder ni luzir, si no se llega en la oracion à Dios, que es luz y fuego. Prosperamente Prospero de Vida contemplativa resume todos los requisitos que pone el P. Fr. Luis de Granada en el Predicador del Evangelio, en estas breves palabras: El Predicador nó ponga toda su confianza en el esplendor de las palabras, sino en la virtud de sus obras; no se deleyte con las aclamaciones del auditorio, sino con los llantos; no procure ganar aplausos, sino gemidos; y las lagrimas que desea derramen sus oyentes, él primero las derrame; y así los encienda con la compuncion de su corazon.

El P. M. Fr. Luis de Granada desde mozo fue muy dado à la oracion y penitencia, como dexamos escrito: fue creciendo en este exercicio santo mas intensamente con los años, en que aumentandose la luz de Dios, conoció mayor su importancia: vivia de oracion; dispoñiale nuestro Señor para Maestro de este arte. Este don santo, que tuvo tan conocido y practicado, le hizo gran Predicador, y que escribiesse con tan gran acierto, en especial de esta virtud, en que ha sido guia à todos. De los largos espacios que pasaba orando, hemos tocado algo, y mas dilatadamente en el libro siguiente, en que hemos escrito sus virtudes.

Es cierto que la principal preparacion de sus sermones la hazia el P. Fr. Luis de Granada orando y gimiendo: pedia à Dios eficacia en sus palabras, y acier-

CAPITULO XIX.

De la materia y modo de predicar del P. M. Fr. Luis de Granada.

acierto en su doctrina. Entró una tarde Miguel de Arenas, Librero, muy familiar suyo, à hablarle en su celda; hallóle sentado detrás de la puerta, cerradas las ventanas, con gran recogimiento y silencio: y como entró à escuras, tropezó en él: y preguntandole, qué haze aqui V. P.? Respondióle: Vayase en buen hora, que estoy estudiando el sermone de mañana. Los Predicadores Apostolicos, mas estudian sus sermones à ojos cerrados, que abiertos.

De los estudios y letras del Predicador, del candal con que ha de entrar en este ministerio, trata largamente el P. M. Fr. Luis en el libro segundo de la Rhetorica, en especial en el capitulo septimo. No es necesario discurrir en esto. Admiramos las letras y estudios de los Predicadores que tenemos, las riquezas que juntan en los sermones con trabajo inmenso. Algunos piensan que bastaba menos, supliendo de los requisitos que hemos puesto, y en algunos se desean. Dice el Obispo D. Francisco de Terrones en su Instruccion de Predicadores, en el capitulo segundo del tratado primero: En nuestros tiempos havemos conocido al P. M. Juan de Avila, y al Padre Lobo, y à otros santos varones, que nó revolvan muchos libros para cada sermon, ni decian muchos conceptos, ni esos que decian los enriquecian mucho de Escritura, exemplos ni otras galas; y con una razon que decian, y un grito que daban, abrasaban las entrañas de los oyentes. Dios por su misericordia rescuite en su Iglesia el espíritu de estos santos varones, como lo piden las necesidades de los fieles; ni permita que sea cierta la proposicion del V. P. Gaspar Sanchez de la Compañia de Jesus, illustre interprete de la sagrada Escritura, varon de gran santidad, que decia que la predicacion aseada y culta, sin vigor y sin espíritu, en que el Predicador se predica mas à sí que à Christo, era la mayor persecucion que padecía la Iglesia de Dios en estos tiempos.

Propusose delante de los ojos el fin de la predicacion, que es hazer los hombres buenos. Así dixo Dios en Daniel.